

BERNARDO.

HISTORIA DE CAZADORES,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCCION DE B. LOPEZ.

Lo que voy á referiros no es una novela, ni un cuento, ni un drama, sino únicamente un recuerdo de mi juventud, una de esas cosas que acaecen todos los dias; de modo que si mi relato adquiere algun color, no consistirá en el talento del que lo narra, sino en el carácter escepcional del héroe que aparece en escena.

Demos principio diciendo que este héroe era un guardabosques.

Yo nací en el centro de una hermo-sísima y pintoresca selva: mi padre, gran cazador, me puso, á pesar de mis pocos años, una escopeta entre las manos. Apenas contaba doce, y ya era un escelente cazador furtivo.

Y digo furtivo, porque solo podia cazar ocultamente, pues ni mi edad me daba derecho para obtener una licencia de uso de armas, ni esperaba ser invitado por personas que no la necesitaban: por último, el inspector de Villers-Cotterets, hombre honrado, de cuya memoria conservo gratos y profundos recuerdos, creia que era mejor

para mí que esplicase las *Geórgicas* y el *de Viris*, que no matar conejos ó perdices, y en consecuencia habia dado orden á los guardabosques, de que, sin un permiso espreso suyo, no me dejasen cazar en sus comarcas.

Esto sin embargo no evitaba que yo cazase, ó mas bien que lo hiciese de contrabando. Mi madre, que participaba de las opiniones del inspector respecto á mí, y que por otra parte temia sin cesar los accidentes que podian ocurrirme, guardaba mi escopeta bajo de llave, y solo me permitia sacarla en los dias señalados, en los de especial permiso, en los que, como recompensa de las tareas semanales, solia decirme Mr. Violaine, pues tal era el nombre de mi pariente el inspector: «Ea, Dumas; adelante, amigo mio, pero no nos acostumbremos á ello, pues solo es por hoy, porque el preceptor está contento contigo.» Aquellos dias eran de gran fiesta. Cogia el morral, me endosaba los botines, empuñaba la escopeta heredada de mi padre, y atravesaba

orgullosamente toda la poblacion, al lado de los cazadores, en medio de los ladridos de los perros, y de los buenos deseos de los

solo dia entre treinta: así durante los veintinueve restantes habia encontrado el medio de sustituir mi escopeta con otra arm.



Bernardo,

amigos y conocidos que nos veian pasar y nos gritaban: «Buena fortuna.»

Pero este favor especial llegaba una vez al mes, y era muy triste el cazar un

de mi invencion: era una pistola larga de la época de Luis XIV, á la cual puse una culata. Llegada la tarde, metia la culata en un bolsillo y el cañon en otro, y salia apa-

rentando la mayor inocencia, con mi red ó mi peon en la mano, para que no sospechasen mis intenciones: cuando ya me hallaba fuera de la ciudad echaba á correr, llegaba á la entrada del bosque, me agazapaba en el suelo, disponia mi arma y esperaba con paciencia.

Si llegaba un conejo á aventurarse en la llanura, á veinticinco pasos de distancia, podia darse por bien muerto.

Si era una liebre, acontecia exactamente lo mismo. Un dia salió un corzo, le apunté, y sucedió lo que hubiera sucedido con una liebre ó un conejo.

Estas diversas piezas me servian para enviárselas á algunos amigos, quienes, á fin de que se repitiesen tan sabrosos regalitos, me abastecian de municiones.

Debo decir además, que casi todos los guardabosques habian cazado con mi padre, y conservaban grandes recuerdos de su liberalidad. Otros eran soldados viejos, que habian servido á sus órdenes, y que por su influencia habian sido colocados en la administracion y custodia de los bosques. En una palabra, todos ellos que veian en mí indudables disposiciones para ser algun dia tan generoso como el *general*, pues siempre llamaban así á mi padre, me habian cobrado el mayor afecto. Por eso me convidaban muchas veces á rondar en su compañía; y cuando sus cachorros paraban á algun conjo, miraban alrededor por si alguno nos observaba y me ponian una escopeta en las manos. Adelantábame entonces, daba una patada en el suelo, partia á escape el conejo, y casi siempre, en lugar de guarecerse en su madriguera, iba á parar á una cacerola.

Entre aquellos guardas habia uno llamado Bernardo, y como ocupaba en el camino de Soissons, á legua y media de Villers-Cotterets, una casita que Mr. de Violaine habia hecho construir para su predecesor, le daban el nombre de Bernardo el de la Casa-Nueva.

En la época de que hablo, á saber, en 1818 ó 1819, era un hombre de treinta y dos años poco mas ó menos, de franca y abierta fisonomía, de pelo rubio y ojos azules: por lo demás tenia una talla admirablemente proporcionada, y debia á la armonía de sus miembros una fuerza hercúlea, que se citaba en el contorno de diez leguas.

Así era que Bernardo siempre estaba dispuesto para todo; por la mañana, por la tarde, de dia y de noche, sabia perfectamente, con la diferencia de cincuenta pasos, los sitios que frecuentaba el jabalí, porque

era uno de esos hombres que saben seguir la pista horas enteras. Cuando el sitio de la cita era la Casa-Nueva, cuando debia atacarse á una pieza á distancia de un cuarto de hora, y por último, cuando el animal habia sido envuelto por Bernardo, se sabia ya de antemano si era un jabato ó un jabalí hecho, si era macho ó hembra, si estaba preñada la última, y de cuánto tiempo. Su conocimiento era sorprendente, sobre todo para los cazadores que solian llegar de Paris, pues en cuanto á nosotros, como habíamos hecho las mismas observaciones que él, no nos parecia tan arduo el asunto.

Bernardo era sin embargo para nosotros una especie de oráculo.

El valor, por otra parte, adquiere siempre un gran poder sobre los hombres, y Bernardo ignoraba lo que era el miedo, pues nunca habia retrocedido ante ningun hombre ni fiera: perseguia al jabalí en sus mas recónditas madrigueras, y á los cazadores furtivos en sus mejor defendidos escondites. Verdad es que algunas veces volvia con perdigonadas en las piernas ó con la ropa hecha pedazos; pero sabia curar sus heridas por un método que siempre le salia perfectamente. Subia de la cueva dos ó tres botellas de vino blanco, llamaba á uno de sus perros, echábase sobre una piel de ciervo, se hacia lamer la herida por Rocardor ó por Fanfaro, y á fin de reparar la sangre perdida, bebia durante la operacion lo que llamaba su tisana. Aquella noche no se le veia, pero al dia siguiente se presentaba sano y salvo.

Bernardo me queria mucho, porque habia cazado mas de veinte veces con mi padre, y yo correspondia á su afecto, porque me referia mil anécdotas que le habian acaecido en tiempo del general.

Por consiguiente era para mí de gran contento el dia en que Mr. de Violaine me invitaba á cazar, señalando como punto de reunion la Casa-Nueva.

A todo esto debo añadir que Bernardo adoraba á su mujer, y que era celoso como un turco. Sus camaradas le embromaban muchas veces sobre el particular; pero sus chanzas duraban poco, porque Bernardo se ponía pálido como un muerto, y volviéndose hácia el imprudente que tocaba una cuerda tan delicada, le decia:

—Te aconsejo que calles, y que calles pronto, porque cuanto mas pronto calles, será mucho mejor para tí.

Cierto sabado por la tarde, hallándome ocupado en dar de comer á mis perros en el umbral de la puerta, pasó por allí Mr. de Violaine y me dijo:

—¿Se ha trabajado mucho esta semana? | para darle una prueba terminante de lo que
 —He sido el segundo en la lista. | aseguraba.



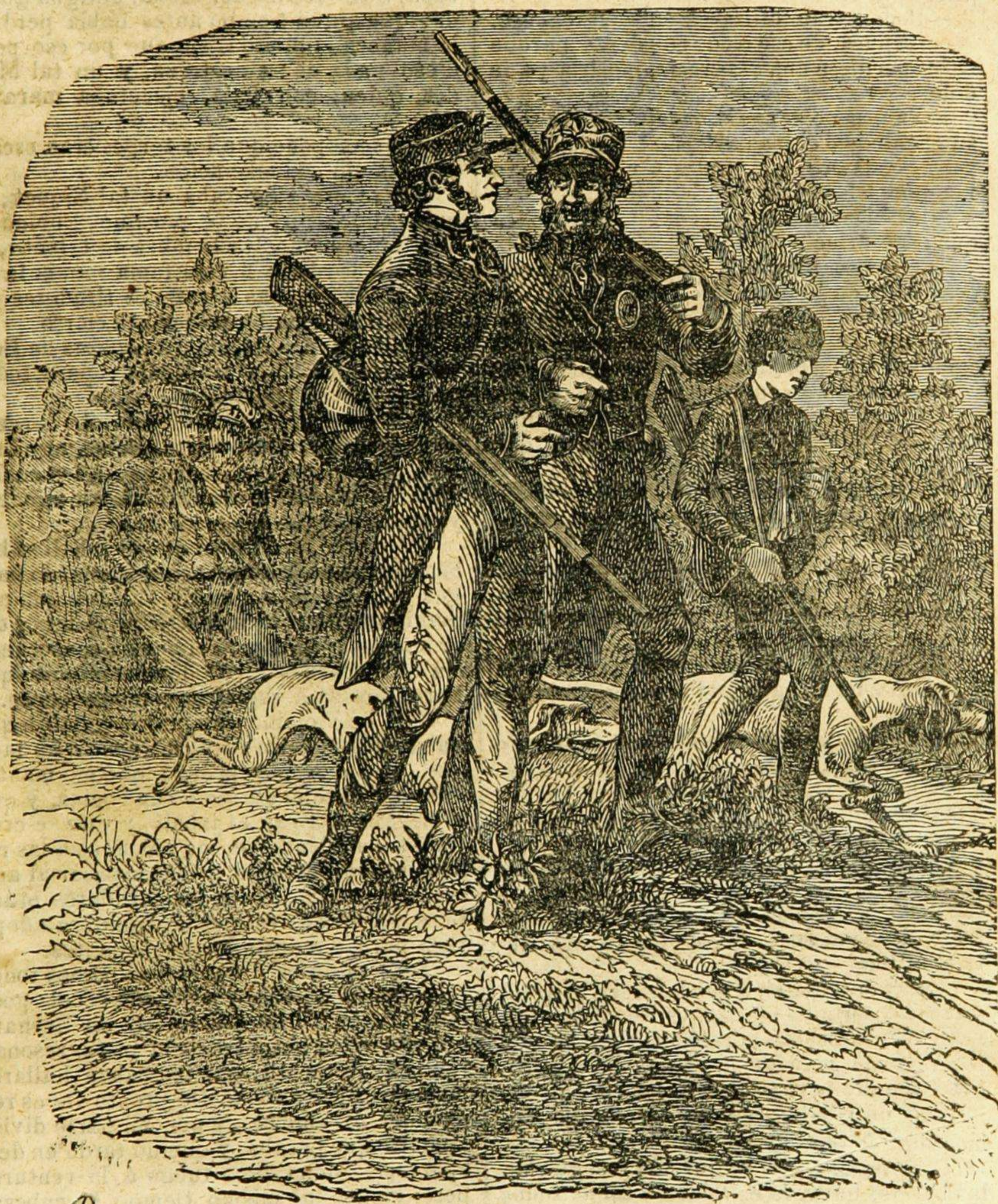
La cita de caza.

—¿De veras?
 Entonces le señalé una crucecita de plata que ostentaba yo orgullosamente en el ojal, y que pondía de una cinta encarnada,

—En ese caso, señor segundo, os convido para mañana á la caza del jabali.
 —¿En dónde, primo? le pregunté dando un brinco de placer.

—En casa de Bernardo, en la Casa-
Nueva.

—Mucho le mimais, observó mi madre,
apareciendo entre nosotros. En vez de ayu-



La partida para la caza.

—¡Oh! Me alegro, me alegro: así nos di-
vertiremos.

—Así lo espero.

darme á curarle de esa desgraciada pasión
por la caza, que ocasiona todos los días mil
accidentes, halagais su gusto. Tened pre-

sente, sin embargo, que solo os lo confío, á condicion de que no ha de separarse de vuestro lado.

—Podeis tranquilizaros en cuanto á eso.

—Ea pues; de ese modo consiento; porque si le sucediese una desgracia, moriria yo de dolor.

—Vamos no tengais miedo, porque sabe su oficio como el mas avisado. Con que, jóven, quedamos convenidos y citados para mañana á las seis.

—Gracias, primo, gracias: nadie tendrá que esperarme.

Al punto hice mis preparativos, que consistian en limpiar la escopeta y preparar las municiones.

Salimos á las seis de la mañana, y en el camino fuimos reclutando los guardas, que nos esperaban en sus respectivas demarcaciones; por último, dimos vuelta al camino, y desde lejos divisamos á Bernardo, que empuñaba su trompa de caza.

Tocaba con tanto júbilo y despedía unas notas tan sonoras, que desde luego conocimos que la caza andaba próxima. En efecto, al llegar á la Casa-Nueva supimos que Bernardo habia acorralado hácia la montaña de Dampleux, es decir, á una legua de allí, un magnífico tercial.

Llámase así, en términos venatorios, al jabalí que ha llegado á la tercera parte de su edad.

Mr. Violaine dió entonces conocimiento á los guardas, de una carta que acababa de recibir de la administracion central de los bosques del duque de Orleans. En ella se enumeraban las reclamaciones de los propietarios inmediatos, quienes se quejaban de los perjuicios que les ocasionaban los jabalíes, y contenia la orden espresa de destruir dichos animales desde el primero hasta el último.

Estas órdenes siempre agradaban á los guardas, porque el jabalí es pieza de caza real, y no pueden perseguirle: cuando le tiran, siendo mandados, ganan muy poco, pero siempre pertenece el animal á quien lo mata, y un jabalí salado es un recurso famosísimo para el invierno.

Convino, pues, en que se proseguirían las batidas hasta la estincion total de todos los jabalíes que se encontraban en el bosque de Villiers-Cotterets. Por mi parte me hallaba tan contento como los guardas, porque era evidente que yo disfrutaria de algunas de dichas batidas.

Partimos despues de haber comido unas migas y bebido vino blanco, que es el favorito de los cazadores. Cada cual de estos conocia perfectamente á su vecino, y todos

convenian en señalar imparcialmente con el dedo á los mas hábiles, que eran Berthelin, tio de Bernardo; Mona, antigua guarda, que algun tiempo antes habia perdido la muñeca izquierda, sin que por eso perdiese nada de su destreza, y un tal Mildet, quien, con bala, ejecutaba maravillas.

Ya se supone que los torpes eran escarnecidos sin conmiseracion.

Entre estos figuraba un tal Niquet, á quien llamaban, no sé por qué, Bobino, y que tenia fama de hombre de talento, lo cual era verdad: á esta fama reunia la de ser uno de los mas atrasados tiradores de la partida, lo cual tambien era cierto.

Hablábase, pues, de las proezas de Berthelin, de Mona y de Mildet, pero todos hacian burla á Bobino.

Este por su parte se desquitaba lanzando contra sus detractores dichos agudísimos y punzantes sarcamos, á los cuales daba su acento provenzal mayor agudeza y espresiva gracia.

Llegados al sitio en que el jabalí se habia encamado, hizonos señas Bernardo para que guardásemos silencio. En seguida comunicó su plan al inspector, quien nos dió órdenes en voz baja: fuimos en consecuencia á colocarnos alrededor del recinto que Bernardo iba á registrar con su sabueso.

Mr. de Violaine cumplió la palabra que habia dado á mi madre; me puso á su lado y al de Mona, me encargó que me mantuviese siempre al abrigo de un encina, y que si llegaba á tirar al jabalí, y este se creciese acometiéndome, me agarrase á las ramas, me suspendiese, y dejase pasar al animal por debajo. Todos los cazadores prácticos saben que esta es la maniobra adoptada para circunstancias semejantes.

Diez minutos despues estabamos todos en nuestros puestos y se dió la señal: poco despues, los aullidos del perro de Bernardo, que habia encontrado la pista, resonaron con tal fuerza, que indicaban hallarse muy cerca del animal. De pronto vimos removerse la maleza, y por mi parte divisé un bulto que pasaba, y que no tardó en desaparecer. Mona hizo fuego á la ventura, pero meneó al mismo tiempo la cabeza, significando que no creia haber herido á la pieza. A alguna distancia resonó otro tiro y luego un tercero, al que siguió inmediatamente el grito de *alhalí*, lanzado con toda la fuerza de sus pulmones por la voz bien conocida de Bobino.

Todos corrimos á la llamada, aunque imaginando que íbamos á ser juguetes de algun chasco.

Pero con la mayor sorpresa, no bien llegamos al camino, cuando vimos á Bobino nta do tranquilamente sobre el jabali, con

al tiro de Bobino, y no pudo moverse del sitio en que este le hizo sucumbir.

Ya se deja conocer que todos felicitaría.



Mona.

su pipa en la boca y la caja de fósforos en la mano.

El animal habia caido como un conejo

mos cordialmente al vencedor, quien con la mayor modestia decia entre bocanadas de humo:

—¡Bah! siempre nos portamos así nosotros los provenzales con estas alimañas.

Nada en efecto habia que objetar: el triunfo era completo, pues la bala habia dado detrás de la oreja, y ni Mona, ni Berthelin, ni Mildet, hubieran hecho otro tanto.

Bernardo llegó el último, exclamando:

—¿Qué diablos acaban de contarme, Bobino? Dicen que el jabalí se ha metido por tu tiro como un imbecil...

—Que así haya sucedido, ó que mi tiro se haya entrado cuerpo arriba por el jabalí, contestó el héroe, lo cierto es que el pobre Bobino tendrá salazon para el invierno, y que solo los que puedan decir lo mismo, serán convidados por él. Sin contar al señor inspector, añadió descubriéndose, pues su señoría honrará siempre á su humilde servidor, cuando guste probar un bocado de la cocina de la madre Bobina.

Así llamaba Niquet á su mujer, por aquello de que Bobina es naturalmente el femenino de Bobino.

—Gracias, Niquet, gracias, respondió el inspector.

—Bobino, observó Bernardo: como no sueles ser tan feliz en todas las cacerías, es preciso que, contando con la venia de Mr. de Violaine, te ponga yo una condecoracion.

—Ponla cuando gustes, amigo mio: mas de cuatro conozco yo que la tienen, y no la merecen tanto.

Y Bobino prosiguió fumando con la mayor calma, en tanto que Bernardo, sacando su cuchillo y acercándose á la parte posterior del jabalí, le agarró por el rabo, y de un sola tajo se lo separó del cuerpo.

El jabalí lanzó un sordo gruñido.

—¡Eh! ¿Qué tenemos, señor mio? dijo Bobino, mientras Bernardo sujetaba el rabo del animal a un ojal del vencedor: parece que sientes perder esa miseria de adorno...

El jabalí hizo oír otro gruñido y levantó una pata.

—Basta, basta, hijo mio, prosiguió Bobino: es inútil que te empeñes en volver á las andadas.

No bien habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando rodaba hasta diez pasos de distancia con la pipa rota entre los dientes. El jabalí, que solo estaba aturdido, se habia levantado y vuelto á la vida por la sangria de Bernardo: se desembarazó del peso que le oprimia, y se puso en pié, aunque vacilando sobre sus cuatro patas.

—¡Ah! exclamó Mr. de Violaine: esto es curiosísimo, por vida mia.

—¡Fuego! grito Bernardo buscando su escopeta, que habia dejado en un ribazo,

para proceder con mas libertad á la operacion que he referido. ¡Fuego! Yo conozco bien á estos parroquianos; tienen la vida á prueba de bomba. ¡Fuego! ¡Fuego!

Pero ya era tarde: los perros, al ver que el jabalí se levantaba, se arrojaron á él, cubriéndole tan completamente, que el animal no presentaba el menor blanco.

Entretanto iba acercándose al foso, arrastrando consigo á la trailla entera: en seguida penetró en el bosque y desapareció, perseguido por Bobino, que se habia levantado, y que furioso por la afrenta que acababa de recibir, queria vengarla á todo trance.

—Detenle, detenle, le gritaba Bernardo: agárrale por el rabo, Bobino.

Las carcajadas se sucedian sin interrupcion, y por fin oimos dos tiros.

Poco despues se presentó Bobino cabizbajo, pues el jabalí habia huido definitivamente acosado por los perros, cuyos aullidos escuchábamos.

Lo perseguimos todo el dia y abandonamos su pista al anocheecer, sin volver á encontrarla, aunque Bernardo hizo saber á todos los guardabosques de las inmediaciones, que si llegaban á matar un jabalí sin rabo, encontrarían este en el hojal de Bobino.

Sin embargo, aunque la cacería fué en extremo divertida para nosotros, no habria llenado el objeto que se proponia el inspector, pues este habia recibido orden terminante de esterminar toda la raza del jabalí.

Por eso al separarse de los guardas indicó el inspector otra cacería para el jueves siguiente, disponiendo que entretanto se acorralasen todas las piezas posibles.

Y como el jueves es dia de asueto, obtuve de Mr. de Violaine permiso para ser de la partida y para asistir á las demás en igual dia y en domingo.

La cita se fijó para la *Misa de San Huberto*.

Llegamos Mr. de Violaine y yo á la hora convenida, y encontramos á todos los demás: habia tres piezas acorraladas: dos jabatos y una hembra.

Se supone que todos los guardas preguntaron á Bobino por la salud del jabalí de marras; pero él supo contestar con gracia, que el rabo seguia sin novedad alguna pendiente del ojal: y en efecto, lo llevaba pendiente.

Ya hemos dicho que habia tres jabalíes que combatir; uno en la demarcacion de Berthelin; otro en la de Bernardo y el tercero en la de Mona.

Se empezó por el mas inmediato, que | legua escasa de alli. Bernardo, segun cos-
era uno de los jabatos acorralados por Ber- | tumbre, nos condujo á la Casa-Nueva para



Apenas acaba Bobino de hablar, cuando rodaba á diez pasos de distancia.

thellin; antes de que salvase el recinto fué muerto por Mildet, quien le introdujo una bala en el corazon.

Pasamos al segundo, que estaba á una

refrescar, despues de lo cual nos pusimos en marcha.

Se formó el cordon, y Mr. de Violaine me colocó entre su persona y un guarda de

confianza llamado Francisco. A este seguía Mona y después no recuerdo quién: debíamos atacar a la hembra.

Bernardo entró en el bosque con su sabueso y levantó al jabalí. Sentimosle acercarse por el ruido de sus quijadas. Mr. de Violaine le disparó los dos tiros aunque sin tocarle: yo hice lo mismo, pero era la primera vez que lo verificaba y también erré; por último, Francisco le disparó acertándole de medio á medio; pero la fiera dió media vuelta y acometió á su adversario. Francisco le dirigió su segundo tiro á boca de jarro, pero al mismo tiempo él y el jabalí no formaron más que un grupo informe. Oímos un grito de sgarrador: Francisco yacía en tierra y el animal se cebaba en él. Precipitámonos todos en su auxilio; pero llegó á nuestros oídos una voz que gritó: «No os movais.» Permanecimos inmóviles, y entonces vimos que Mona apuntaba al grupo: el tirador estuvo como una estatua cortos momentos, salió en seguida el tiro de su arma, y herido el animal mortalmente fué á caer cuatro pasos de Francisco.

—Gracias, viejo, dijo Francisco sosteniéndose de rodillas: si alguna vez me necesitas, ya me entiendes; ayúdame hasta la muerte.

—Eso no merece la pena, contestó Mona.

Corrimos todos hacia Francisco, pero solo le encontramos una mordedura en un brazo, lo cual no era nada en comparación de lo que hubiera podido sucederle; así que, seguros de que su herida no inspiraba el menor cuidado, felicitamos sinceramente á Mona por su destreza. Pero él, como no era la vez primera que se había visto en tan difícil empeño, admitió nuestros cumplimientos como hombre que no comprende la extrañeza de los demás por una cosa tan sencilla en su concepto y tan fácil de ejecutar.

Después de ocuparnos de los hombres, examinemos la fiera. Había recibido dos balazos de Francisco, pero una de las balas se le había aplastado en el muslo, casi sin horadarle la piel, y la otra se había corrido por la cabeza haciéndole un surco sangriento. En cuanto á la de Mona, le entró por el brazuelo, dejando muerto al jabalí.

Dimos de comer á los perros, y nos pusimos en marcha como si nada hubiera acontecido, ó como si hubiéramos previsto que ocurriría, antes de acabar el día, un suceso mucho más terrible que el que acabamos de referir.

El tercer combate debía tener lugar en el distrito de Mona: se tomaron las mismas precauciones que en las anteriores batidas,

y se formó el cerco. Yo me hallaba colocado entre Mr. Violaine y Berthelin: Mona entró en el bosque para espantar la pieza, y cinco minutos después nos anunció el perro que el jabalí estaba en campaña.

Oyose de pronto un tiro de carabina; al mismo tiempo vi saltar las tiernas ramas de un arbusto colocado á cuarenta pasos de distancia, y resonó á mi derecha un grito doloroso. Volví la vista y vi á Berthelin sosteniéndose contra un árbol con una mano y apoyando la otra sobre el costado.

No tardó en encorvarse y caer en tierra lanzando un sordo gemido.

—¡Socorro, grité, socorro! Berthelin está herido.

Y sin detenerme un segundo me precipité hacia él seguido de Mr. Violaine mientras se replegaban hacia nosotros todos los cazadores.

Berthelin estaba sin conocimiento, y al levantarlo vimos que derramaba muchísima sangre de una herida que había recibido encima de la cadera izquierda: la bala había quedado en el cuerpo.

Estábamos alrededor del moribundo preguntándonos con las miradas quién de nosotros había disparado aquel tiro fatal, cuando vimos salir de la espesura á Bernardo, sin gorra, pálido como un espectro, con la carabina todavía humeante entre las manos y gritando:

—¡Herido! ¡Herido! ¿Quién ha dicho que mi tío está herido?

Nadie le contestó, pero le señalamos el moribundo, que vomitaba ya sangre en abundancia.

Bernardo se adelantó con la mirada torva, cubierta la frente de sudor frío y los cabellos encrespados: próximo ya al herido arrojó una especie de rugido lastimero, hizo pedazos la caja de la carabina contra un árbol, y tiró el cañón á cincuenta pasos de nosotros.

Después cayó de rodillas y rogó á Berthelin que le perdonase; pero Berthelin había ya cerrado los ojos para no abrirlos.

Formamos sin perder tiempo unas parihuelas, pusimos aquel cuerpo en ellas y lo llevamos a casa de Mona, situada á tres ó cuatrocientos pasos del sitio en que había ocurrido el accidente.

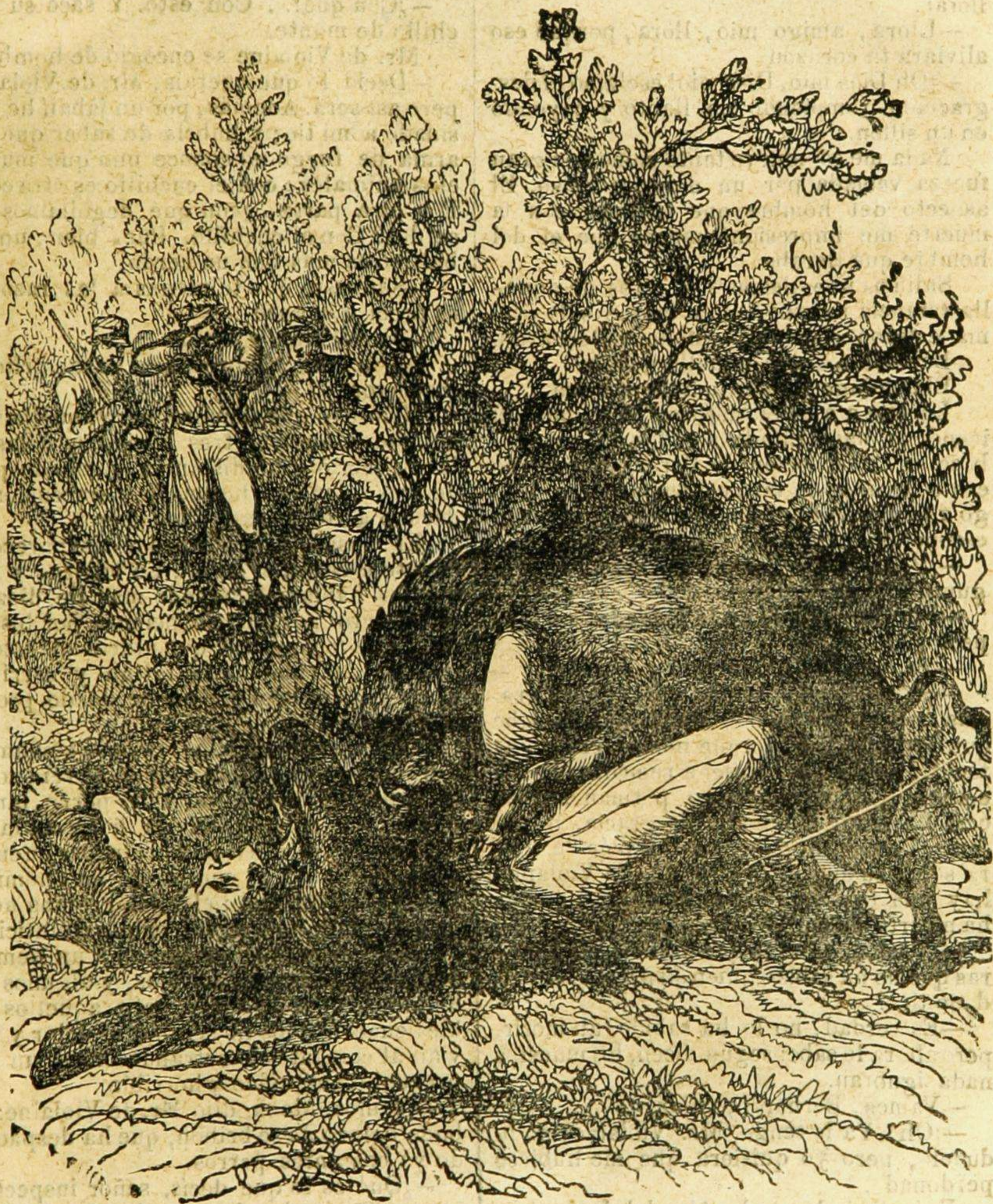
Bernardo iba al lado de las parihuelas sin pronunciar una palabra, sin derramar una lágrima, estrechando la mano de su tío. Entretanto uno de los guardas partió al galope en el caballo del inspector para avisar un médico de la ciudad.

Media hora después llegó efectivamente el facultativo para anunciarnos lo que ya

conocíamos todos, á saber: que la herida era mortal.

Era preciso llevar esta noticia á la mujer

—Se entiende, Mr. de Violaine, que mientras respire Bernardo no carecerá ella de nada. ¡Pobre tia! Decidle que si quiere vi-



Una voz gritó con acento imperioso: «¡No tireis!»

del herido: el inspector se encargó de tan triste deber y se preparó á cumplirlo: entonces se levantó Bernardo y le dijo:

vir en mi casa, será recibida en ella como si fuese mi madre.

—Sí, Bernardo, sí, le respondió Mr. Vio,

laine; ya sé que eres un excelente sugeto: vamos, vamos; no ha sido por culpa tuya.

—¡Ah! señor inspector; añadid algunas palabras semejantes á las que acabais de pronunciar. ¡Ah! se me figura que voy á llorar.

—Llora, amigo mio, llora, porque eso aliviará tu corazón.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! exclamó el desgraciado, rompiendo en llanto y cayendo en un sillón.

Nada me conmueve tanto como una gran fuerza vencida por un dolor inmenso. El aspecto del hombre que luchaba con la muerte me impresionó menos que el del hombre que lloraba.

Salimos unos despues de otros de aquella estancia mortuoria, en la que solo permanecieron el médico, Mona y Bernardo.

Berthelin espiró aquella noche.

El domingo siguiente hubo cacería.

La cita era en el Matorral del Lobo: el inspector habia citado á todos los guardabosques, á escepcion de Bernardo, pero no era este capaz de faltar á sus deberes. Llegó á la misma hora que los demás, pero sin escopeta ni carabina.

—¿Por qué has venido, Bernardo? le preguntó Mr. de Violaine.

—Porque soy jefe de la brigada, mi inspector.

—Ya, pero no he querido avisarte...

—Sí, sí; lo comprendo, y os doy las gracias, pero ante todo el servicio Dios sabe que daría mi vida porque no hubiese acontecido lo que ya no tiene remedio: y sin embargo, aun cuando yo permanezca en casa lamentando aquella desgracia, no dejaré de tener mi pobre tio seis piés de tierra sobre su cuerpo. ¡Ah, Mr. de Violaine! hay una cosa que me atormenta, y es que ha muerto sin perdonarme.

—¿Y cómo querias que lo hiciese? ¿Ignoras que no ha sabido quién disparó el malhadado tiro?

—Es verdad, no lo ha sabido al morir, pero ahora lo sabe: segun dicen, los muertos nada ignoran.

—Vamos, Bernardo, valor.

—¡Oh! Ya lo tengo, Mr. Violaine; no lo dudeis, pero yo quisiera que me hubiese perdonado.

E inclinándose al oido del inspector, añadió:

—Ya vereis cómo me sucede una desgracia, tan solo porque no me ha perdonado.

—Estás loco, Bernardo.

—Es posible, pero no me abandona esa idea.

—Bion, pero ealla ó hablemos de otra

cosa. ¿Por qué has venido sin arma de fuego?

—Porque no pienso tocar mientras viva ni una carabina ni una escopeta.

—¿Y con qué piensas matar las piezas?

—¿Con qué?... Con esto. Y sacó su cuchillo de monte.

Mr. de Violaine se encogió de hombros.

—Decid lo que querais, Mr. de Violaine, pero así será. Además, por un jabali he asesinado á mi tio; y habeis de saber que con arma de fuego no conoce uno que mata á esos animales: con el cuchillo es otra cosa. Por otra parte, ¿con qué degollamos los cerdos? Con el cuchillo. Pues bien, un jabali no es mas que un cerdo.

—Supuesto que te niegas á las razones, es preciso dejarte.

—Sí; dejadme y vereis.

—A la caza, señores, á la caza, gritó el inspector.

Hízose lo que siempre, pero aquella vez, aunque le tocaron tres ó cuatro balas, el jabali corrió gran distancia, y solo despues de tres ó cuatro horas de persecucion se decidió á volver cara á los perros.

El cansancio del cazador desaparece en cuanto escucha el *halatí*. En vueltas y revueltas habiamos andado mas de diez leguas, pero no bien conocimos, por los ladridos de los perros, que atacaban estos á la pieza, olvidamos la fatiga y corrimos hacia el punto del bosque de donde procedia el ruido.

Conforme nos adelantábamos se aumentaba este, y de vez en cuando se veia sobre las copas de los arboles algun perro, lanzado por los colmillos de la fiera, aullando desesperadamente y abalanzándose en cuanto caía al suelo al cuerpo de su enemigo. Llegamos á un claro: el animal estaba acorralado junto á un árbol caido; veinticinco ó treinta perros le acometian á un tiempo; diez ó doce estaban heridos, y algunos tenían el vientre abierto; pero aquellos nobles cuadrúpedos no sentian el dolor y volvian al combate arrastrándose: era un espectáculo magnífico y horrible.

—Vamos, Mona, dijo Mr. de Violaine: un buen balazo á ese bribon, que ha despachado ya bastantes perros.

—¿Qué es lo que decís, señor inspector? repuso Bernardo, deteniendo el cañon del arma que Mona dirigia al grupo. ¡Un balazo á un puerco! ¡Bah! Ya le bastará una buena cuchillada. Esperad un momento y vereis.

Bernardo desenvainó el cuchillo y se dirigió al jabali separando á los perros, que volvieron á la carga; confundiéndose en

seguida con aquella masa móvil y aullado- | huir, y todos nos echamos el fusil á la ca-
ra, nos fué imposible distinguir cosa algu- | ra, cuando se levantó Bernardo sostenien-



¡Herido! ¡herido! ¿Quién ha dicho que mi tío está herido?

no en dos ó tres segundos; pero de pronto | do al animal por las patas traseras y suje-
hizo el jabalí un esfuerzo violento para | tándole, á pesar de sus sacudidas, con el

puño de hierro que ya conocíamos, mientras los perros, arrojándose de nuevo sobre él, le cubrían con sus cuerpos, como con un tapiz ondulante y abirragado.

—Vamos, Dumas, me dijo Mr. Violaine; á ti te toca: vete y estrenate.

Acerqueme al jabalí, que al verme redobló sus esfuerzos, chocando sus quijadas y mirándome con ojos ensangrentados; pero estaba preso por un tornillo y nada podía hacerle.

Púsele la boca de la escopeta en el oído e hice fuego.

La conmoción fué tan violenta que el animal se escapó de las manos de Bernardo; pero solo para caer á los cuatro pasos, pues estaba muerto: le habia abrasado los sesos, hablando literalmente.

Bernardo soltó una carcajada y dijo:

—Vaya: ya veo que todavía hay placeres en este mundo.

—Sí, dijo el inspector, pero si así prosigues, contarás pocos. ¿Qué tienes en la mano?

—Poca cosa: esa maldita pieza tiene la piel tan dura, que al herirla con el cuchillo, se ha cerrado este.

—Sí; y al cerrarse te ha llevado el dedo.

—Como si hubiera practicado la operación un cirujano.

Y Bernardo estendió su mano derecha, en la cual faltaba la primera falange del dedo índice. En seguida añadió acercándose al inspector:

—El cielo es justo, Mr. de Violaine: era el dedo con que maté á mi tío.

—Pero es preciso curar esa herida.

—¡Curarla! si hiciese viento, ya estaria seca.

Diciendo estas palabras abrió Bernardo el cuchillo y repartió á la trailla la pitanza como si nada hubiera sucedido.

A la cacería siguiente asistió, no con cuchillo, sino con un puñal en figura de bayoneta, que habia hecho fabricar en su presencia á su hermano, armero de Villers-Cottérets, arma que no podia doblarse, romperse ni cerrarse.

Se renovó la misma escena que he descrito, pero el jabalí quedó en el sitio, degollado como un cerdo doméstico. Lo mismo aconteció en las demás cacerías, y sus camaradas dieron en llamarle *el tocineiro*.

Pero nada le hacia olvidar la muerte de Berthelin; poníase de día en día mas sombrío y decia al inspector:

—Cada vez estoy mas convencido de que al fin ha de sucederme una desgracia.

Habian ya trascurrido tres ó cuatro años; yo habia abandonado á Villers-Cottérest, pero solia ir á pasar allí unos dias: estábamos en diciembre y la tierra estaba cubierta de nieve.

Después de haber abrazado á mi madre, fui á casa de Mr. de Violaine.

—¡Hola! exclamó al verme; llegas justamente para tomar parte en una expedición proyectada para cazar lobos.

—Ya he pensado lo mismo al ver la nieve, y celebro no haberme equivocado.

—Sabemos que hay tres ó cuatro en el bosque, y como dos de ellos se encuentran en el distrito de Bernardo, le envié ayer la orden de cercarlos, previniéndole que mañana temprano estaremos en su casa.

—¿Siempre la Casa-Nueva?

—Siempre.

—¿Y qué hace el pobre Bernardo? ¿Persigue á las fieras á bayonetazos?

—¡Oh! ya no hay un solo jabalí en el bosque, pues hace tiempo que fueron todos exterminados: Bernardo hizo en ellos una carnicería espantosa.

—¿Y no se ha consolado aun?

—No: cada vez está mas triste y sombrío, y le ballarás muy cambiado. He logrado que se señale una pensión á la viuda de Berthelin, pero ni por esas; el pobre está herido en el corazón. Añade á todo esto que es mas celoso que nunca.

—Y su ongo que tan injustamente como antes.

—Sí, su mujer es un ángel.

—Es una monomanía: y sin embargo, ¡qué buen guarda!

—De los mejores.

—De modo que nos divertiremos mañana en su distrito.

—Con toda seguridad.

—Es lo que necesitamos: por lo demás, el tiempo consolará á Bernardo.

—El tiempo acabará de empeorar la cosa, y empiezo á creer, como él, que le sucederá alguna desgracia.

—¿Con que está persuadido de ello?

—Sí; y no he podido hacer que abandone ese pensamiento.

—¿Siguen bien los demás?

—Perfectamente.

—¿Y Mildet?

—Se ha dedicado á matar ardillas.

—¿Y Mona?

—Anteayer cazamos juntos en Coyoles y mató diez y siete gallinetas sin errar un tiro.

—¿Y Bobino?



De pronto Bernardo se levantó, agarrando al animal por las dos patas traseras.

—Ha mandado hacer con el rabo del célebre jabali un silbato para sus perros, y declara que no descansará en este mundo ni en el otro mientras no se apodere del resto del animal.

—¿De modo que todo va bien menos Bernardo?

—Así es.

—¿Y la cita de mañana?

—A las seis.

—Corriente.

Dejé á Mr. de Violaine para dar un apretón de manos á los antiguos amigos que he conservado en mi país. Una de las felicidades de este mundo es el haber nacido en una población pequeña, cuyos habitantes conocemos y cuyas casas nos ofrecen siempre algunos recuerdos.

A las seis de la mañana del día siguiente volví á ver á mis antiguos compañeros de caza, con carámbanos en las patillas, porque, como ya he dicho, habia nevado el día anterior y hacia un frío horrible. Después de abrazarnos cordialmente nos encaminamos á la Casa-Nueva. Aun no despuntaba el día.

Cuando llegamos al Salto del Ciervo, llamado así porque un día que el duque de Orleans cazaba en el bosque saltó un ciervo de un lado al otro del camino, encajonado allí entre dos sotos, empezaba ya á disiparse la oscuridad. El tiempo era á propósito para cazar, pues hacia doce horas que no habia nevado, y por consiguiente se conocian todas las señales. Es decir, que si habia lobos, la partida debia ser muy agradable.

Anduvimos otra media legua y llegamos al recondo en que Bernardo solia esperarnos.

No habia nadie.

Esta infracción en sus costumbres por parte de un hombre tan exacto como Bernardo, empezó á inquietarnos. Apresuramos el paso y llegamos al torrente, desde donde se veia la Casa Nueva.

Merced al tapiz de nieve que cubria el suelo, aparecian perfectamente á la vista hasta los mas distantes objetos. Veíamos, pues, la casa blanca semi oculta entre los árboles; la columna de humo que salia de su chimenea para perderse entre las nubes, y un caballo sin jinete, aunque ensillado y con brida, que se paseaba delante de la puerta; pero no veíamos á Bernardo.

Sus perros aullaban tristemente.

Nos miramos unos á otros meneando instintivamente la cabeza y nos dimos prisa.

Cuando ya estábamos á cien pasos de la casa, contuvimos la marcha á pesar nuestro, porque un presentimiento nos hizo creer que íbamos á presenciar alguna desgracia.

A cincuenta pasos de la casa nos detuvimos.

—Sin embargo, dijo el inspector, es preciso saber á qué atenernos.

Y avanzamos de nuevo silenciosos, con los corazones oprimidos.

El caballo, al sentirnos, alargó el pescuezo hácia nosotros y empezó á relinchar.

Los perros se arrojaron contra los barrotes que les cerraban el paso, mordiéndolos con rabia.

A diez pasos de la casa habia un charco de sangre y una pistola de arzon descargada.

De aquel charco partia un reguero entre pasos estampados sobre la nieve que se perdian en la puerta de la casa.

Llamamos y nadie respondió.

EPILOGO.

—Entremos, dijo el inspector.

Así lo hicimos, y encontramos á Bernardo tendido en el suelo cerca de su cama, cuya manta tenia asida entre sus crispadas manos; en la cabecera, sobre la mesa de noche, habia dos botellas, una vacía y la otra empezada. Bernardo tenia en el lado izquierdo una ancha herida, cuya sangre chupaba su perro favorito.

Estaba todavía caliente y hacia unos diez minutos que habia espirado.

Hé aqui lo que habia ocurrido: supimoslo al dia siguiente por el factor de un pueblo inmediato, que fué casi testigo del suceso.

Bernardo estaba celoso de su mujer, y aunque, como hemos dicho, en nada se fundaban sus sospechas, estas se habian ido aumentando de dia en dia. Habia salido á la una, aprovechando la luz de la luna para desorientar á los dos lobos que se hallaban en su distrito.

Una hora despues de haberse marchado fueron á decir á su mujer que su padre estaba acometido de un accidente de apoplejía y que queria verla antes de morir. La pobre mujer se levantó, y se fué sin perder momento, y sin poder decir, á dónde iba, porque ni ella ni el mensajero que la dió el aviso sabian escribir.

Al volver Bernardo á las cinco de la mañana, encontró su casa desierta; tentó el lecho, y le encontró frio; llamó á su mujer, pero su mujer habia desaparecido.

—Muy bien, dijo; ha aprovechado mi ausencia, creyendo que yo no volveria tan pronto. Me engaña y es preciso que la mate.

Creia saber dónde estaba.

Cogió las pistolas de arzen y cargó una con catorce postas y otra con diez y siete: se encontraron las catorce en la pistola cargada, y las diez y siete de la otra en su cuerpo.

Despues ensilló el caballo, lo sacó de la cuadra y lo dejó delante de la puerta. En

seguida metió una pistola en la pistolera izquierda y entró en ella perfectamente

Pero la pistolera derecha era por casualidad mas angosta y el arma se resistia á entrar en su sitio: Bernardo quiso hacerla entrar á la fuerza.

Echó una mano á la pistolera y con la otra apretó violentamente la pistola.

Este esfuerzo hizo que se disparase el arma, y salió el tiro. Para mayor comodidad tenia Bernardo apoyada la pistolera contra su cuerpo: toda la carga se le introdujo en el lado izquierdo abrasándole las entrañas.

El factor pasaba al mismo tiempo y corrió al oír la detonacion. El coloso estaba en pié, agarrado á la silla del caballo.

—¡Dios mio! exclamó; ¿qué ha sucedido, señor Bernardo?

—Que se ha cumplido lo que hace tiempo tenia previsto, señor Martineau. Maté á mi tio de un tiro de carabina, y acabo de matarme de un pistoletazo.

—¡Mataros! Si no teneis nada...

Bernardo se volvió hacia él; su ropa ardia, y la sangre salia de su herida á borbotones.

—¡Cielo santo! ¿qué puedo hacer en vuestro favor? ¿quereis que vuele á buscar un médico?

—¡Un médico! ¿Y qué quereis que haga? ¿Salvó el médico á mi pobre tio Berthelin?

—Pero, por Dios, mandadme hacer algo.

—Pues bien, sacad dos botellas de tisana de la bodega y soltad á Rocardor.

El factor, que muchas veces echaba la mañana con Bernardo, tomó la llave, bajó á la bodega, cogió dos botellas, dió suelta á Rocardor y entró en el cuarto de su amigo, á quien encontró sentado y escribiendo.

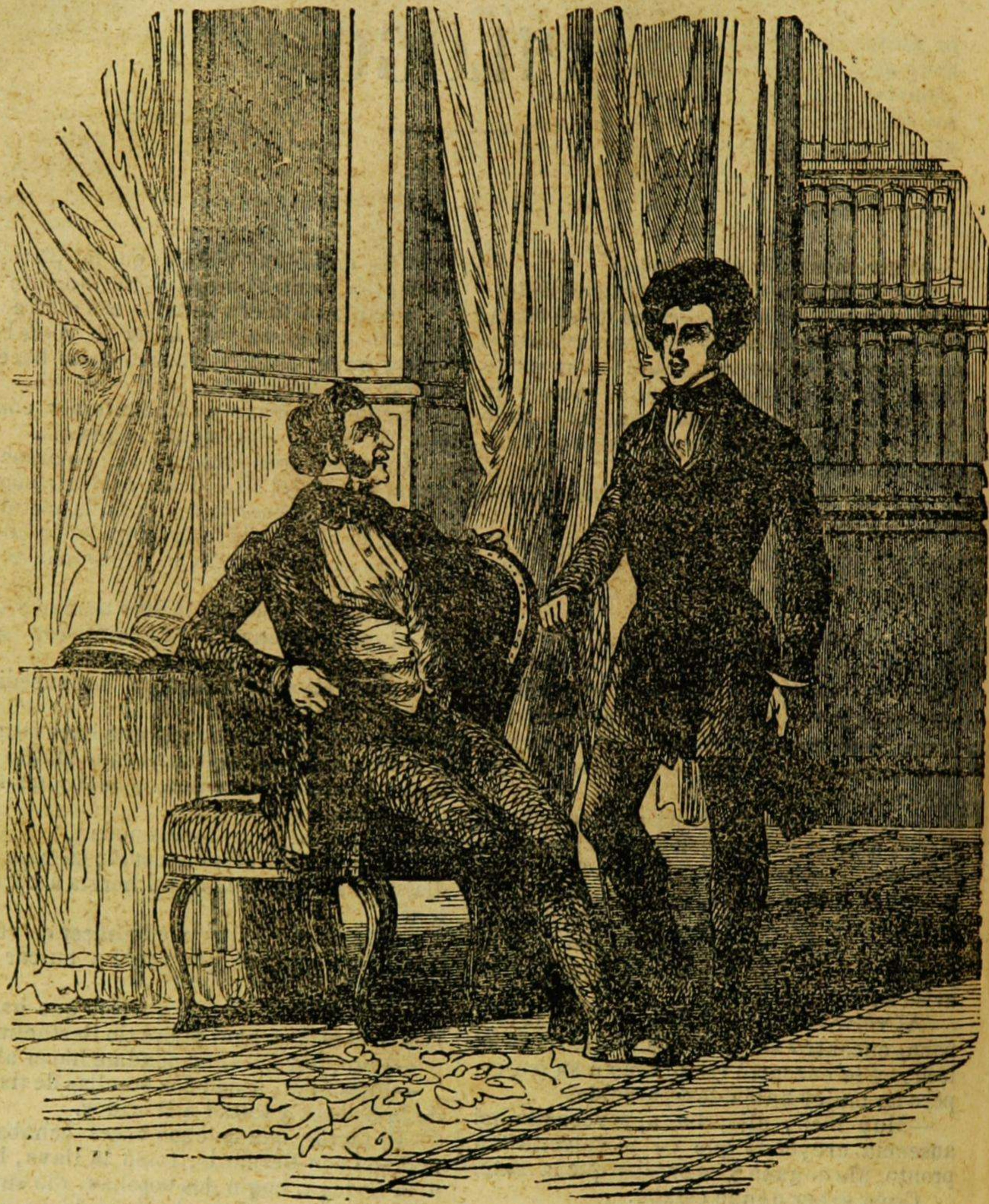
—Está hecho, le dijo.

—Bien, amigo mio, le respondió el herido; dejad las dos botellas sobre la mesa de noche y marcháos á vuestros negocios.

—Pero, Bernardo...

—Idos.
—¿Lo exigís?

—Adios.
El factor se marchó al punto figurán-



—¡Hola! ¡hola! muchacho, dijo al verme: llgas justamente á tiempo para la caza
'del lobo.

—Si.
—Pues hasta la vista.

!dese que Bernardo no estaba tan peligro-
samente herido como había dicho, porque

¿cómo había de sospechar, al ver aquella sangre fría y aquella tranquilidad, que el | Nadie ha sabido lo que sucedió después de haberse ausentado el factor.



Muerte de Bernardo.

hombre que las conservaba estaba á las | Bernardo, según todas las probabilidades, había bebido lo que faltaba en las dos

botellas. Quiso despues subir á su cama, pero le faltaron las fuerzas y cayó al suelo, muriendo en la postura en que acabábamos de encontrarle.

Sobre la mesa habia un papel, y en él se veian escritas, con mano todavía firme, las siguientes líneas.

«Encontrareis uno de los lobos en el bosque Duquesnoy : el otro ha huido.

»Adios, Mr. Violaine; bien os decia yo que al fin me sucederia una desgracia.

»Vuestro afectísimo

»BERNARDO, jefe de guardabosques.»

Bien os dije yo al principio que no era una historia, ni un drama, ni una novela lo que iba á referiros, sino una catástrofe.

Pero esta catástrofe dejó en mi corazon un recuerdo indeleble.

FIN DE BERNARDO.